

Para bien, para regular y para mal, en gran proporción y a veces en su totalidad, el presente suele ser la consecuencia del pasado.

En mi opinión, que no es la única ni la mejor, el ritmo y compás en inventos, eventos y acontecimientos de las últimas décadas van a una velocidad y con un rumbo tan inquietante, que a un alto porcentaje de ciudadanos de todo tipo y condición nos marean, atropellan o desbordan. Creo que con la prisa perdemos capacidad de observación y de análisis, y creo que produce ansiedad, impotencia y desilusión.

Parece que lo de ayer es viejo y lo de hace una semana es prehistórico. Parece que todo queda reducido a esa abstracción llamada mercado, y parece que a sus gestores solo les interesa la casi siempre efímera y banal novedad mercantil del día.

Es decir, estamos en un momento, o estamos en otro momento significativo de peligrosa confusión.

La Tauromaquia, espejo y reflejo de profundas cuestiones clásicas, también forma parte de este imprevisible e incierto eclipse babélico que nos tiene pillados, como se dice ahora.

Y no, no es lo mismo la memoria que el olvido, ni es lo mismo la causalidad que la casualidad, tampoco es lo mismo la estética con ética que la estética de cosmética y sintética. A este último respecto, sirva como ejemplo gráfico la actual controversia de renombrados y ególatras modistos acerca del aspecto de